

AMANE CER
Manuel Moreno Barranco
1956

MORENO BARRANCO, M.: Revelaciones de un Náufrago. Ed. Aguilar. Col. Nova Navis. Madrid. 1957

AMANECER

Manuel Moreno Barranco

Peter Donremy sale de la cárcel y avanza por la calle desierta. Son las diez de la noche. Reina sobre la ciudad una ligera niebla, que difumina delicadamente el paisaje.

La silueta de Donremy se destaca nítidamente en la noche. Es vibrante, tensa como un muelle de acero. Camina con pasos precisos y firmes.

Dobla la esquina de la calle y desde allí divisa el puente de la Landingen. A lo lejos suenan las sirenas del Botafogo y el Amaury, los dos buques nocturnos que recalán diariamente en el muelle de Landingen, para aprovisionarse y seguir la travesía hasta Glanlevan.

Una figura de mujer, como surgida de la niebla, aparece junto a Donremy. El hombre hace un gesto. La mujer tiene una voz agradable y ronca. Él se sobresalta. La ha reconocido. Palidece. Luego sus ojos se entre cierran, lentos y graves, mientras una viva luz va encendiéndose en ellos. Contempla los grandes edificios que circundan el muelle, el agua turbia del río, espejeante entre la niebla; las verdes en enramadas y, finalmente, el rostro de la mujer. Un rostro maduro de lejana hermosura, con una insinuación de arrugas en torno de la boca. Unos ojos grandes, con un brillo esperanzador en su iris. Una silueta arrogante, de ganadora de sí misma.

En el cerebro del hombre vibra una interrogación angustiada. Luego sus ojos viven la respuesta de su cerebro. Una respuesta cegadora como en una revelación, brusca como un disparo en la sien.

Le parece vivir un ensueño. Sus ojos quedan absortos, lejanos y serenos. Un nombre. Therese Desirée. Una mujer. Un amor. Un recuerdo. ¿Una realidad?

Ella empieza a hablar. Su voz es suave y ronca, con cierta ternura irónica.

¿El señor Donremy? Le dice señor Donremy. Ahora y antes, como cuando se conocieron, y siempre con cierto matiz de burla, suave entonces y tierno ahora. Luego su voz va evocando la época pasada. La época de la brillante Desirée y el famoso Peter. Él recuerda. Así la llamaban todos. La brillante Desirée. Un nombre cadencioso, claro y risueño como una primavera.

Los ojos de la mujer se iluminan al conjunto del recuerdo. La mirada se hace reminiscente, los ojos recobran su ensoñador fuego, como si de la juventud antigua hubiesen sobrevivido unos poemas hermosos como la aurora de una mañana brillante.

Un hombre y una mujer caminan en la noche húmeda de tiniebla. El Tamken dibuja su silueta sombría sobre el puente, alargando hacia el cielo sus dentadas almenas, que se perfilan imprecisamente sobre las aguas turbias del río.

La mujer habla. Vive. El hombre recuerda. Vive también.

Fue en casa de Paros Smythe. Paros Smythe tenía cincuenta años, llevaba una vida licenciosa y tenía una enorme fe en la potencia de su dinero. Solía decir: “El dinero lo puede todo. El hombre que ha conquistado una fortuna como yo, que ha recorrido la escala mía, de minero a millonario, puede lograrlo todo.” Sabía que todo tenía un precio. Cuando quería una cosa, la pagaba. Si no, la conquistaba.

Los presentó, adivinando el futuro. Se retrataba la malicia en sus ojos brillantes, con un acusado sentido de lo que estaba haciendo.

Ella era alta e interesante, con una barbilla pronunciada, algo saliente, que restaba corrección a su rostro, pero que denunciaba una fuerte vitalidad. Tenía unos ojos del color de la avellana y un cutis de ópalo lechoso levemente rosáceo. Con su sonrisa vivaz y su sensual andar le interesó profundamente. Él era entonces más joven que ella. Había tenido algunos amores, leía con fruición a Nietzsche, comentaba asiduamente a Ibsen y discutía sobre la sucesión de la corona de Landingen en los círculos elegantes de la capital.

Ella había vivido más intensamente que él. Era hija de un acaudalado comerciante de la Donkelkanden Strasse. Un hombre calvo, de boca mordaz y andares vacilantes. Sus opiniones políticas, muy enraizadas, estaban recogidas en el Frankfurtstart, periódico de su partido. Por nada del mundo hubiese dejado de concurrir a trasegar su pichel de cerveza en la Tarks, su taberna favorita.

A sus dieciséis años, había ella ingresado en el conjunto de ballet del maestro Zophir, el judío austríaco que mantuvo durante dos años en cartel su “Vuelo al infierno del joven Sigfrido”. Ella tenía aptitudes para la danza y para algo más. Su primer béguin

fue Karl Saint-Etienne, un joven guapo y tímido, que enseguida le hizo promesas matrimoniales. Ella se rió con cinismo y se dedicó al joven Smartz.

Konrad Smartz era, por aquellos alrededores de 1937, un joven acaudalado, que pronto dejó de serlo. Tenía dos pasiones: los caballos y las mujeres. Encontró en Desirée su mujer ideal. Fueron amantes durante dos años. Ella era voluble; quería tener a todos los hombres y cada vez sólo podía tener a uno. Era voraz e impulsiva, se daba rápidamente, gustando ávidamente del placer, para en seguida ir en busca de una nueva sensación.

En la danza se transfiguraba. Ya no era la poupée que sólo vive por y para el hombre. Era distinta. El público conoció sus dos caras, aunque sospechaba que tenía más. La música la exaltaba, la mujer desaparecía y se transformaba en algo irreal, en una diosa alada que buscaba en la danza el ritmo de la sangre y la justificación de la vida. Narojin, su compañero de baile, era el único que la podía seguir en aquella senda extrahumana, que ella emprendía con los ojos reverentes y absortos, en una trasposición completa de su personalidad.

A veces aparecía en su boca un espasmo doloroso. Una boca anhelosa de alcanzar algo fuera de las posibilidades de lo humano, como si se asomara a un mundo nuevo, entrevisto entre la gasa nebulosa de la danza, que dejara en su corazón un anhelo roto imposible de alcanzar.

Entonces parecía flotar en torno a su figura un idealismo de posesa. Una bacante antigua no habría podido expresar con más fuerza la pasión reconcentrada en aquel cuerpo vibrante de espiritualidad frustrada, que volvía a la lascivia con el oscuro dolor de los ideales inalcanzables.

Cuando conoció a Donremy, ella había alcanzado la popularidad que se concede a los veteranos de la pantalla y a los genios sombríos que de cuando en cuando aparecen en las representaciones de las tragedias antiguas.

Ella le enseñó la religión de la que había vivido hasta entonces. La religión de la vida, por los caminos del placer, el arte y el sexo, elevados a la categoría de divinidades cardinales.

La reacción de él fue cruda. Creía tener una visión más práctica de la vida. Su vida estaba llena de amoríos y de su arte. Tenía su amante de turno y pintaba una docena de cuadros para las exposiciones de la Galería Installery.

Fue dominado por completo. Ella dijo que le haría conocer la vida. Había que ver cómo pronunciaba la palabra VIDA. Sus ojos se entornaban, su boca cobraba un mohín glotón, sus pómulos se ensanchaban y su risa abierta obraba como una espuela en aquellos que le escuchaban.

Quiso conocer su estudio. Sus ojos lo miraron todo, divertidos. Luego cogió con mimo todos los cuadros que había en la sala, los amontonó con cuidado en el centro y lo

miró. El, silenciosamente, les prendió fuego. Sus ojos, tensos y lejanos, veían crepitar sordamente los marcos dorados, las figuras delicadamente eróticas, la muelle sinfonía del color en las pinturas recién terminadas.

Ella se acercó a él, mirándole al fondo de los ojos. Él la estrechó entre sus brazos y bailaron alrededor de las pinturas muertas. Poco a poco se separó de él y empezó a danzar. Fue como si las orgías de la Roma imperial hubiesen resucitado en su sangre. Había en sus ojos la pasión del deseo y la sugestión de la muerte, en ese vértice en que se confunden Príapo y la Parca, estrechamente unidos sobre la tumba y el lupanar.

Él hizo música. Eran unos sonos traslúcidos, con un helado misterio en la delgadez aérea del sonido y un cristalino murmullo en la elasticidad del ensueño. Luego se elevaba en un trémolo vigoroso, con un desgarramiento elemental y carnoso, donde parecían concretarse todos los deseos, sollozantes en su imposibilidad.

Donremy miró sus manos, trémulas y ágiles sobre el piano, como si las viese por primera vez. Eran unas manos grandes, finas y nervudas, en las que aleteaba una misteriosa sensación, creadora de ignoradas armonías. Tuvo un estremecimiento. Sintió que renacía. Su ser hasta entonces no había tenido consistencia. Ahora sentía elevarse a una misteriosa región donde son más poderosos los dolores y más fuertes las alegrías, de donde descendía con una llama nueva en el cerebro y un calor nuevo en el corazón.

Ella le había hecho entrar en un mundo nuevo; le hizo encontrar en las cosas su lado trágico, su potencia vital y su halo sobrenatural. Todo pareció adquirir ante él sombras insospechadas. Los museos dejaron de existir para él, el amor ocupó un lugar secundario y su vida fácil cobró dureza y tesón. Sus antiguos cuadros fáciles de pintar entonces e imposibles de pintar ahora. Las ruinas románticas que le hacían estremecer con un temblor amanerado, dejaron de impresionarle.

Empezó a pintar con fiebre, con un brillo seguro en la mirada y con mano firme. Pintaba lentamente, buscando atormentadamente expresar algo torturador que empezaba a roerle el cerebro. Concibió la sinfonía salvaje de la vida, en su terror y en su grandiosidad y también en la ley de la supervivencia del más fuerte. Apeteció todos los amores y todas las lujurias, en el continuo choque de sensaciones que buscaba.

Una visión nueva de la pintura apareció en él. Siempre había pintado lienzos que no habría desdeñado firmar Boucher, el cortesano de los pinceles. Las estampas eróticas que solían ser el motivo de sus cuadros pasaron a enterrarse en el pasado. Encontró terriblemente difícil pintar. Poco a poco llegó a desarrollar una afinada sensibilidad para lo grandioso, lo elemental, lo primario del hombre y de la Naturaleza. Llegó a conocer la base elemental del artista: la soberbia y la humildad. No la soberbia del hombre que se cree superior a todos, no, esa ya la había dominado, sino la del que sabiéndose más que muchos, quiere siempre aspirar a ser el mejor, y para ello, lucha, sufre y ama. Teniendo también su humildad, la humildad del conocimiento de aquel que nunca llegará a cumplir su obra maestra, de aquel que siempre estará insatisfecho, de aquel cuyos pinceles estarán siempre en la brecha de la continua superación.

Después de la revelación, ella fue tras sus pasos.

Cuando ya vio su camino, sereno y férreo al propio tiempo, él fue a la conquista de la mujer. Y ella fue rabiosamente conquistada.

Fue en aquel mismo sitio donde ella mutuamente le hizo tomar profesión de una nueva fe, donde la vida de él fue dividida en dos vertientes y empujada a tomar la más terrible, la más difícil y la más hermosa.

Él fue a buscarla y la trajo. En el centro del estudio había un cuadro, recién pintado. Representaba un montón de rosas blancas. Tenían el color suave de las hostias sacrosantas, la palidez lunar de una noche tibia, la serena creación de un poema hecho materia, color, sonido.

Ella quedó sorprendida. Conoció que dentro del hombre había despertado un manantial de sensaciones dormidas. Su mirada fue del cuadro al hombre, desgarrada y poseída. Se acercó lentamente a él y lo besó largamente la boca. Sus brazos rodearon el cuello musculoso, mientras el hombre la miraba, absorto e impávido, la alzaba entre los brazos poderosos y la llevaba, trémula y ardida, a poseerla en una unión total y profunda.

Al día siguiente ella volvió. El se le aproximó lentamente. Tenía la boca austera y la mirada impersonal. Su voz sonó lejana, como venida de un sueño largamente tenido.

—Desnúdate. Quiero pintarte.

Ella, prendida en sus ojos asintió. Fue un consentimiento sin palabras, como si el hecho a realizar estuviese de antiguo fijado en su destino.

Más tarde, cuando la hubo pintado, ella se dio cuenta de que había sido y era el único amor de su vida. Todo lo demás era lujuria.

Seis meses después conoció a Teodoro Ralsey. Teodoro Ralsey era un inteligente coleccionista de cuadros. Vio el retrato de Desirée y quiso comprarlo. Tropezó con una cara pétrea y una negativa suave, pero rotunda. Algo en la expresión de Donremy hizo que el banquero no insistiera; pero se prometió a sí mismo conseguirlo. Le había impresionado. Dos horas había estado contemplándolo en la State Gallery.

Sencillamente, una mujer desnuda. El rostro atormentado, los pómulos salientes, la mirada lejana, la amplia frente, los labios en un gesto contenido, componían un vigor impresionante.

En los ojos había el artista, por un impulso de genio, fijado el enigma de lo que aquella mujer era y de lo que llegaría a ser. Como una sonda de acero, la mirada del artista había penetrado a través de la noche oscura del porvenir y había traído hasta el presente, fijándolo en el lienzo, la perla misteriosa de un destino cumplido. Un destino con tortura, pasión, elegía y una desprendida ternura impresa en la suavidad de la boca. El cuerpo era de una delicada proporción. Tenía el color de las espigas doradas en estío, la suave floración de las corolas virginales y un brillo sorprendente en la luz, con una sutil espiritualidad expandido sobre la carne corruptible.

Teodoro Ralsey robó el cuadro. Cinco días después apareció muerto en su cuarto. Tenía la yugular seccionada con implacable precisión. Su asesino sólo necesitó un solo golpe. El cuadro había desaparecido.

** *

Peter Donremy sube banquillo de los acusados. Su cara es hermética, sus manos están firmes. Su boca es impasible. Sus ojos están lejos.

Diez años. Son diez años. Una mujer entre la concurrencia. Una mujer helada, que no tiene porvenir.

Therese Desirée y Peter Donremy vuelven de sus recuerdos. La aurora se insinúa en la densidad de la noche. Sus tonos rosados van invadiendo la oscuridad y los corazones esperanzados.

Juntos avanzan por un camino nuevo. En los ojos del hombre vive una emoción antigua. Sus ojos se fijan en la mujer, en su cara radiante, en su sonrisa de esperanza, en sus pinceles próximos... En su cuadro recobrado...

MORENO BARRANCO, M.: *Revelaciones de un Náufrago*. Ed. Aguilar. Col. Nova Navis. Madrid. 1957

<http://manuelmoreno.info/>